

Lo nuevo en el amor y lo de siempre

Christian Ríos y Silvia Elena Tendlarz (relatores)

Participan: Mauricio Beltrán, Mirta Berkoff, Nicolás Bousoño, Gabriela Camaly, Mariana Gómez, Marcela Mas, Kuky Mildiner, Irene Greiser, Marta Pagano, Sohar Ruiz, Luis Salamone, Daniel Sillitti, Damián Pérez, Agustín Barandiarán, Rosana Salvatori.

El amor siempre da que hablar. Cambian los significantes amos con los que se inscribe el discurso amoroso y con ellos las modalidades con las que se expresa el amor, pero permanece el real que produce que se sufra y se sea feliz por amor. Lo contemporáneo se vuelve un schifter del entrelazamiento del amor, el deseo y el goce. No obstante, ¿qué de nuevo en la expresión del amor en el siglo XXI?

Existe una teoría del amor tanto en Freud como en Lacan, como así también de los avatares que entraña: pasiones locas, celos, infidelidades, síntomas y estragos, arrebatos y otros tormentos. Amar vuelve felices a los amantes pero no es sin angustia y sin temor, de hecho, nunca somos tan desdichados que cuando perdemos nuestro objeto de amor, dice Freud. Independientemente de la posición sexuada, el partenaire se vuelve un síntoma, incluso un estrago, dice Lacan, puesto que frente al agujero de la no relación sexual el lazo amoroso es siempre sintomático. Se trata de arreglárselas con lo imposible de nombrar del goce y con la no relación sexual. Desde esta perspectiva examinamos algunos tormentos de siempre, y otros de nuestra época.

Lo nuevo en el amor

El filósofo coreano Byung Chul-Han plantea en *La agonía de Eros* que el problema del amor en la actualidad es la erosión del Otro. El derecho al goce de cada uno vale más que el de cualquier otro. El eros reducido a lo real del goce no solo perfora la poesía propia del amor cortés sino que produce una deserotización de la vida.

Para Han, la experiencia erótica se constituye a partir de la negatividad de la alteridad y en ese sentido, no se puede amar al otro despojado de su alteridad. La sociedad de consumo tiende a hacer desaparecer la negatividad, todo se aplana y convierte en superficie, de allí que el Otro pierde profundidad y se vuelve un objeto de consumo.

En esta perspectiva, el amor se vuelve la sede de sensaciones agradables, pero se pierde la dimensión de la pasión. De allí que Han proclama con frecuencia el final del amor ante las posibilidades ilimitadas y la búsqueda de un ideal inalcanzable. En el infierno de lo igual el otro no tiene lugar. La libido se vuelca hacia la propia subjetividad y el mundo se parece a uno mismo, con un declive del amor.

La socióloga Eva Illouz analiza, a partir de una nota publicada en el diario *The Independent*, el trípole capitalismo, consumo y autenticidad. Allí se relatan los preparativos de un hombre y una mujer antes de la primera cita en la que esperan que culmine en un encuentro sexual. Analizan sus comportamientos, el tiempo, el dinero que les insumen sus decisiones y cómo llegarán al objetivo final.

Illouz afirma, que el capitalismo ha hecho de la racionalidad un rasgo casi omnipresente de la acción humana. Las emociones son producidas por la compleja industria de las imágenes determinadas por la cultura de consumo. En sus deseos de volverse sexualmente atractivos, los sujetos recurren a guiones preformateados, a modelos de masculinidad y feminidad, inscriptos en el proceso mismo de consumir.

Hay mil y unas maneras de intentar hacer existir la relación sexual, la racionalización del amor, su transformación en objeto de consumo son algunas de ellas. Pero siempre permanece lo indecible, en la que el Uno de goce autoerótico deja a solas a los amantes y el amor se vuelve el modo de hacer que el Eros de un aletazo hacia el otro.

La declinación de lo simbólico, la falta de prohibición encarnada en el NP trae como consecuencia un desencanto, una banalización del lazo social, con la contrapartida del empuje a lo porno que da cuenta de la ausencia de la relación sexual. Ahora bien, esto trae también pasiones desbordadas que no tienen como referentes al significante amo. ¿Acaso puede pensarse ante la deflación del amor un auge del odio?

Si “un nuevo amor”, como repite Rimbault, es signo del cambio del discurso, frente a lo real, el amor siempre es nuevo, cada vez.

Lo de siempre

Más allá de que los celos, las infidelidades, los arrebatos y el estrago, las inhibiciones y los síntomas, como así los tormentos y las penurias que producen la vida amorosa, hayan sido

examinados por Freud y Lacan, debemos decir que cada caso singular no deja de interrogarnos. Por ello, si bien lo de siempre del amor es la teoría del amor, lo que implica que lo esencial se mantiene, es un siempre no todo, ya que los significantes a veces cambian sus semblantes.

Lacan estudia estos temas, a lo largo de su enseñanza, entrelazando en la clínica los significantes a veces de la época y, en nuestra actualidad, la elevación al cenit del objeto *a* volviéndonos consumidores. Dentro de las locuras del amor, una mujer mantiene una relación enloquecida con su “villano favorito”, el consumo de cocaína se entremezcla con el consumo de la relación amorosa y esto la reenvía al estrago con su propia madre. Otra mujer entremezcla el consumo de drogas con la marginalización. Mientras su relación se vuelve un extravío sostiene su fantasía de salvar a su pareja del consumo. Sostiene así su posición de ser la única para ese hombre consumido por las drogas, mientras que ella misma se identifica a una posición de desecho. Un hombre consume relaciones con mujeres degradadas. No hay fantasma de salvación en este caso, sino puesta en juego del goce con una mujer objeto en su fantasma que, a la manera freudiana, elige por su degradación.

Del lado de los celos, una serie de casos muestra sus manifestaciones contemporáneas. Un joven entra en un ataque de celos —luego que ella dijera que cuando toma se pone “putita”— cuando ve en Facebook la foto de su novia tomando algo con sus “amigos”. Otro joven recibe el acoso celoso de su novia por lo que publica en Instagram. Eso produce un efecto inhibitorio que lo paraliza y lo extrae del lazo con los otros. En un tercer caso una joven deja a su novio cuando una antigua amiga de él sube a Facebook una foto abrazándolo por su cumpleaños. En un ataque de ira golpea un vidrio y se corta la mano. O se lastimaba ella o lo lastimaba a él. Y literalmente corta. En todos estos casos de celos no solo los cuerpos están involucrados, sino también las imágenes virtuales en las redes. Los celos se producen ante imágenes que pueden llevar a presuponer que el deseo está puesto en otra dirección. Se vuelven celos electrónicos donde la pasión de la imagen viene al lugar del goce del cuerpo.

El poliamor es un significante que circula en nuestra época. A pesar de sus ideales feministas y su apertura al poliamor, una joven no puede sostenerlo cuando su novio se “transa” a su mejor amiga. Surge entonces una catarata de chats en una demanda de amor que no logra satisfacer y cuya respuesta electrónica viene al lugar de la espera de la carta de amor. Otro joven a favor del poliamor es preso de celos cuando su novio vislumbra la posibilidad de una relación con un amigo. Descubre que la multiplicación de partenaires anónimos a través del

Tinder no es equivalente a la relación no monógama con el hombre que ama, distinguiéndose así el goce solitario con hombres anónimos y la dirección al Otro que entraña la experiencia amorosa.

El tratamiento del cuerpo queda también involucrado. Un joven encuentra en una relación amorosa un alivio puntual frente a su desorden subjetivo que repercute en el cuerpo: cortes, tatuajes, escoriaciones. Ese amor no fue, pero el amor de transferencia del dispositivo analítico posibilitó un esbozo de salida sublimatoria.

Lacan indica que cuando un hombre elige como pareja a una mujer de acuerdo a sus condiciones de goce ella puede funcionar como su síntoma. Pero la disimetría hace que para una mujer un hombre puede volverse incluso un estrago. Advertimos en la clínica que el estrago femenino tiene diversas caras, como el temor a perder el amor, la angustia por el posible engaño, o por no ser mirada o deseada. El superyó femenino empuja a veces a una posición de denigración o a acomodarse al modo de goce del partenaire, incluso a la demanda del signo de amor sin límite que se vuelve un tormento. Por ello, el estrago es la otra cara del amor. El estrago resuena también en la relación con la madre para todo ser hablante. Del lado femenino se añade la espera de recibir la sustancia femenina del lado de la madre, que nunca es del todo. En la relación con el partenaire se puede plantear un "consentimiento subjetivo al estrago". Pero, ¿de qué consentimiento se trata?

En su testimonio, María Cristina Giraldo ubica la posición del sujeto en relación al estrago materno y la separación del Otro operada vía el análisis. En su caso, el arrebató y el éxtasis se presentan como dos significantes que nombran el empuje a lo ilimitado del goce femenino. Arrebató y éxtasis se escriben del lado del no-todo falo. Sin embargo, mientras que el arrebató parece presentarse como un goce mortificante que tiende a lo ilimitado, en el caso del éxtasis, si bien se trata de la experiencia de un goce no todo, el falo le hace de límite. Se puede ubicar en el arrebató al sujeto implicado en un goce estragante, es decir, el sujeto mismo encarnando el sin límite del estrago articulado a la locura materna. El análisis le hace posible separarse de ese goce y contar con una satisfacción que para ella tiene el rasgo del éxtasis en una relación con un hombre.

Tenemos también la referencia a algunos casos de adolescentes mujeres que se representan en una identificación al discurso feminista actual y se amparan en sus presupuestos ideológicos, pero a la hora de enfrentarse al encuentro con el otro sexo, responden con las manifestaciones clásicas de la estructura (inhibición, síntoma y angustia) y se devela que, incluso

ciertas experiencias homosexuales, son una defensa ante lo que implica el encuentro efectivo con el Otro sexo.

La cuestión del cuerpo surge a partir del estatuto de las redes en la época actual y la pregnancia del peso de las imágenes mientras que los cuerpos permanecen sin encontrarse. Pero existe una diferencia entre la dimensión especular del cuerpo –imaginario especular con el que se arma el cuerpo del sujeto en su constitución subjetiva—, y lo imaginario no especularizable que concierne al cuerpo afectado por un goce que no se refleja en la imagen especular y que no hace lazo. Este goce es presentado por Lacan como la “sustancia gozante” que no solo no se refleja en el espejo del Otro, sino que además tampoco responde a la localización del objeto *a* en los bordes erógenos del cuerpo.

Lacan sitúa a través del arrebatado/arrobamiento en Lol V. Stein, en la novela de Duras, las relaciones del sujeto con su cuerpo. Laurent lo ubica como un nudo lógico en el cual hay una expulsión del sujeto de su cuerpo. A la vez, en un doble movimiento, el que asiste a esa expulsión queda contaminado. Así es como Lacan sitúa en el homenaje a Duras que los arrebatados son la pareja en una danza que los suelda, es Lol y somos nosotros mismos al ser arrebatados por Duras con su relato. En ese arrebatado se franquea la frontera de lo bello, la armonía de la imagen. Miller lo vincula al hecho de tener un cuerpo, el cual puede ser sustraído. Es un acontecimiento en el que se es despojado del cuerpo y el ser de a tres lo anuda.

Consentir y ceder

¿De qué testimonia la violencia contra las mujeres y el femicidio? La violencia contra las mujeres y el femicidio pone en escena un tratamiento de lo femenino que va desde la modalidad de amores violentos hasta el asesinato. La mujer como objeto *a* en el punto cenit da cuenta de amores no ya abordados a través de la poesía del amor cortés, en el que se evitaba el encuentro con el cuerpo de la Dama. Más bien, en el femicidio esa evitación toma la forma del homicidio, verificando que para un hombre, puede no haber más engorroso que el cuerpo de una mujer.

Un hombre golpea a su mujer. Ella lo echa y luego lo perdona y lo vuelve a buscar. Los jueces que han puesto una perimetral no entienden estas controversias. Ella es convocada a

hacerse responsable de su desacato a la ley y el juez indica un tratamiento de pareja, pero la analista que los recibe indica un tratamiento para cada uno. El encuentro con un analista hace que ella se separe de este hombre, y a él le permite enlazar los golpes a su mujer con su posición de rechazo materno. Las posiciones de goce no pueden ser explicadas por la ley. El rechazo de lo femenino insiste en los femicidios en los que hombres golpean ese goce que queda por fuera del falo. ¿Y por qué algunas mujeres consienten a los golpes?

Vanessa Springora, en *El consentimiento* (2020), relata una historia testimonial centrada en la relación con Gabriel Matzneff, un prestigioso escritor francés 33 años mayor que ella, a quien conoce a sus 13 años. Con él se inicia sexualmente. Un día G se marcha a Suiza a hacerse una cura de rejuvenecimiento y V decide leer los “libros prohibidos”. G escribe que “sale a buscar culos frescos”, niños de 11 o 12 años a Manila, Filipinas. Surge entonces la angustia al darse cuenta de que no es la única. Nuestra pasión, dice V, hubiera sido sublime si G hubiera transgredido la ley por amor. V se entera que no era una historia de amor, sino que su deseo por ella formaba parte de su adicción de goce incontrolable.

A los 25 años se nombra como “víctima”, significante que le permite separarse de ese goce devastador y quedar del lado de la vida. Pero, ¿Por qué esta niña cede al goce pedófilo de G?

Clotilde Leguil diferencia consentir de ceder. Se pregunta en nombre de qué el sujeto consiente a eso que no desea, por qué se deja hacer, aunque tenga que pagar el precio de una inmensa culpabilidad de existir. El libro de Camille Kouchner *La Familia Grande*, que denuncia la violación de su gemelo de 13 años por el padrastro, nos conduce a las raíces de la experiencia enigmática del consentimiento. Consentir no es solo un hecho de sujeto libre, más bien toca lo más íntimo de un sujeto que, para existir, tiene necesidad de confiar en alguien. En ese sentido, quien traiciona un consentimiento, manipula la confianza y la fe en la palabra. A los 13 años, tener confianza es una condición para existir, es creer en el Otro.

V consiente a lo no elegido y eso retorna como pregunta que culpabiliza: ¿por qué me dejé usar así? La carencia de amor y cuidado por parte de los padres encuentra un sustituto en G: su “iniciador”, cediendo ante la exigencia de sexualidad que ella lee como amor.

La demanda de amor está en el corazón de la experiencia amorosa, consentir al fantasma del otro para hacerse amar, ceder a su goce, incluso a su violencia, forma parte de las manifestaciones teñidas por un goce no dialectizable. ¿De qué modo un sujeto encuentra su salida? La experiencia analítica, también un nuevo amor, algo podrá decir acerca de ello.